

A vosotros dos, Jesús y Alfonso

Sí, una carta; sí, una queja; sí, un apoyo a y sobre los dos ambos, Jesús el Cristo y Alfonso Carlos Comín. Y a los dos juntos parezca o no irreverencia e insensatez hacerlo —a los dos no tan sólo porque os pinto y abrazo en mi viejo corazón a la par porque a la par estáis, sino porque lo que voy a deciros a ambos va a resultar lo mismo, esa la mezcla mal hecha de la rabia y protesta con la esperanza y gratitud. Mi lío; aguantadme comprenda! Y porque te venero y charloteo en silencio contigo lo suficiente, creo, lo bastante, para no suponerte tan egoísta; pero ¿no andaba y bien contigo por acá nuestro Alfonso? ¿sólo para ti ahora dejándonos a los suyos en la estacada? Mira, Jesús, que me cojo el libro del quejica Job y te diría “cuatro verdades”. No hay quien te comprenda y siempre tan callado. Porque voy de viejo y hasta de eso de devoto, si no blasfemaría y te tendrías que aguantar o sonreír. Y no te pido perdón, esa, porque con tus cosas alimentas una fe necesitada de buenos golpes así. Mi saludo, pues, con la lagrimita y el ceño fruncido, el ceño tremendo de la fe.

Y después a ti, Alfonso, que con aquella tu forma de reír batiendo aire y almas, junto con él ante mi enfado y mi protesta, mi cabreo si quieres. Y, como has aprendido desde que estás ya en “Casa” a responder con el silencio, pues a aguantarse, hijo, que tocan. Pero como supongo y creo que el oído misterioso de los que creemos y que tu tuviste tanto tiempo para afinar y para comprender por qué... Sí, pues, mira esto, que, en vulgar, en familiar, en chabacano: ¡que nos has hecho la Pascua! Pero la Pascua aquella, sin monas y sin rosquitas, la Pascua de los dos leños y la orfandad de unos discípulos que iban hacia Emaus hechos un verdadero lío, sin comprender nada, sino que se habían quedado solos.

Solos, sí, sin tu capitania, porque “un manotazo duro, un golpe helado/ un hachazo invisible y homicida/ un empujón brutal te ha derribado...”. Solos el grupito que desde aquellos viejos tiempos —¿recuerdas? —

y perdonad que salga a la luz lo que ya os lo he dicho tantas veces estos días.

Sí, primero a ti, Maestro y Señor pero Hermano y Palabra del Padre, a ti porque, mira, visto de golpe ¡no hay derecho! Llevarte o dejar que se vaya contigo a quien tanto necesitábamos por aquí, a nuestro íntimo jefe de filas, pues ¡que no! ¡Que no hay quien te cuando el SUT y *El Ciervo* nos unían, yo de presuntuoso, tú de infeliz y ardiente abriendo un camino de tantas fintas y recovecos pero en recto siempre. Alfonso, ¡y qué pronto el curita se convirtió en el compañero y después en el discípulo! Porque cuando tu cenit en la empresa más definitiva de tanta historia humana, cuando alzabas tu bandera, el viejo se aferraba a tus palabras y actitudes y a tu lado, *codo a codo, sin distancias ningunas* lo que para no pocos era escándalo y para bastantes más imprudencia, para nosotros fue el abrazo final, el encuentro definitivo con un Jesús que todavía buscaba “carne” donde seguir encarnando y haciendo compatible con él todo lo que buscaba por la tierra, justicia, otro mundo...

Ya no necesitábamos casi ni vernos, íbamos a una a por todas. Y no asistí ya desde aquella eucaristía sobre tu lecho cuando comenzaba el “beso frío” de Jesús, apenas asistí a tus confesiones tajantes y a tu acción sobre la que escribías mientras ya el Maestro hundía sus dedos en tus entrañas. Alfonso, no es hora ni ocasión —dejemos a los buenos amigos— de recordar, lo mío de hoy es *preguntarte*, a ti y nuestro Amigo, Hombre, Jefe y Dios: ¿qué hacemos sin ti por estas noches? ¿No ves que se va poniendo el sol? Pues bien, a la mesa invisible, el Compañero va a partir el pan y entonces... ¿brotarán discípulos? El viejo quedará para la Cena última que ya me estáis preparando los dos... Alfonso, Jesús. No me dejéis tan solo... tan cansado.

JOSE MARIA de LLANOS, S.J.